9001

El

Primer Jefe.

11

# EL PRIMER JEFE

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON FEDERICO URRECHA

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 4 de Noviembre de 1890



MADRID

R. VELASCO, IMP., RUBIO, 20

1890

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
| --- | --- |
| MERCEDES.................... | SRTA. BLANCO. |
| PERFECTA.................... | SRA. VALVERDE. |
| VALENTÍN.................... | SR. RUIZ DE ARANA. |
| PÉREZ....................... | RUBIO. |
| LÓPEZ....................... | GUERRA. |
| UN CRIADO................... | CAPILLA. |

*La acción en un hotel de capital de provincia*
*Época actual*

Derecha é izquierda, las del actor

# NOTA

Los dos personajes de *López* y *Pérez* pueden ser desempeñados por un mismo actor suprimiendo la escena XIII y lo que va marcado con asterisco en la última.

El de *López* debe interpretarse como el de un exaltado, entre sectario y hombre de acción. Vestirá levita larga abotonada, pañuelo de lana al cuello en vez del de la camisa, y debe gastar barba larga partida, bastón nudoso y y sombrero de copa de alas anchas. Hablará con ligero acento extranjero.

*Pérez* debe ser un tipo opuesto: todo cortés y meticuloso en el hablar. Gastará cara limpia de barba y debe ofrecer aspecto de hambre. Traje en armonía con la mísera situación en que se le supone.

# ACTO ÚNICO

Salita decentemente amueblada en un hotel. Puerta al foro y dos á á la derecha; otra, primer término izquierda; en segundo término, balcón. Tirador de campanilla al foro izquierda. Dos entredoses con espejos; en el entredós del foro izquierda, candelabros con velas apagadas y reloj. En el del foro derecha, dos figuras de adorno, una bandeja con botella de agua, dos copas grandes y dos pequeñas y un cepillo para limpiar la ropa. A la derecha, en primer término, un velador con tapete y encima periódicos. Tres sillas volantes al rededor del velador. A la derecha una marquesita. Sillas repartidas convenientemente por la escena. Cortinajes, etcétera. Al alzarse el telón, entran por el foro Mercedes, Perfecta, Valentín y el Criado, este con dos maletas elegantes, las cuales tendrán dentro varias ropas, entre ellas dos camisas de caballero planchadas. En una de dichas maletas, habrá varios envoltorios de papel que contendrán salchichón hecho rajas y dos trozos de jamón crudo, una rosca y un panecillo. En la otra maleta, una botella de Jerez y también ropas dentro. Mercedes y Perfecta sacan cada una un cabás pequeño de mano, y Valentín un maletín elegante de viaje.

## ESCENA PRIMERA

VALENTÍN, MERCEDES, PERFECTA y el CRIADO

CRIA. Este es, señoritos; no le hay mejor en el hotel, como han visto ustedes. Tiene esta salita para recibir y tres alcobas; y desde este balcón se ve todo el cosmorama.

VAL. (Al criado con suavidad.) El panorama, amigo mío.

677361

CRIA. Eso, sí señor; como yo no soy el *intrépete* del hotel, me equivoco con esas palabras extranjeras.

VAL. (Que te alivies). (A las señoras.) ¿Qué les parece á ustedes?

MER. Magnífico. ¿Y á tí, mamá?

PERF. No está mal. Para lo que hemos de estar aquí...

VAL. Muy apañadito... (Con mimo á Mercedes, tirándola un beso con la mano.) (Pichona... en teniéndote á tí...)

MER. (Estate quieto, hombre, que puede vernos mamá).

VAL. (Con timidez.) (¡Caracoles!)

CRIA. Si quieren algo los señores...

PERF. ¡Uf! Ya era hora de llegar á alguna parte. (A Valentín.) ¿Dónde demonios ha ido usted á buscar esa fábrica?

VAL. Donde me la han dado, mamá.

CRIA. Si quieren algo los señores...

PERF. Pues á poco más, emigramos al extranjero.

VAL. Pero es un destino soberbio. Director gerente, ámplias facultades, buen sueldo, coche...

PERF. ¿Supongo que el coche será una cosa decente?

CRIA. Si los señores mandan algo...

PERF. (Impaciente.) Pero, hombre, ¿qué hace usted ahí?

CRIA. Esperar las órdenes de los señores.

PERF. Pues, se puede usted ir, no queremos nada.

MER. ¿Y almorzar, mamá?

PERF. ¡Ah! Sí; ¿á que hora se almuerza aquí?

CRIA. Dentro de un momento, en mesa redonda.

PERF. Pues ahora vamos. (Vase el criado.)

VAL. (Pero, ¡qué amable es mi mamá suegra con todo el mundo!)

PERF. (Mirando las alcobas desde las puertas.) Una alcoba muy bonita.

MER. (Siguiéndola.) Es verdad. Esta para tí, mamá.

PERF. (En la segunda derecha.) Esta es muy espaciosa. Para ti. (Por Mercedes. Pasan á la izquierda.)

VAL. (¿Y yo?)

MER. Esta es más pequeña.

PERF. Para Valentín.

VAL. (¡Cómo!) Pero, mamá, con dos alcobas basta.

PERF. ¿Cómo que basta?

VAL. (Con temor.) Una para usted y otra para nosotros... Me parece...

PERF. Pues le parece á usted muy mal. ¡Pues me gusta, hombre! ¡Se ha casado usted ayer y ya tiene exigencias!

VAL. (¡Esto me faltaba!) (Hace señas á Mercedes para que le ayude, y ésta vuelve el rostro como ruborizada.) Pero, mamá, por lo mismo que nos hemos casado ayer...

PERF. ¿Lo ves, hija? Ya discute. ¿Se atreve usted á negar que eso es una exigencia? ~~¿He dicho yo algo para que trate usted de imponérseme, caballero?~~

VAL. (Muy tímido.) Pero si no...

PERF. (Sin oirle.) ¿No es una imposición? Aquí hay tres alcobas: una para mí, otra para mi hija; y si usted no ocupa la otra, ¿qué hacemos con ella, vamos á ver?

MER. Mamá...

PERF. Usted se acostará ahí. No está bien que digan en el hotel que yo... es decir, que ustedes... vamos, que no quiero que lo digan.

VAL. (Resignado.) Bien, haré lo que usted mande.

PERF. Pero, ¿tú ves esto, nena? ¿Pues no dice que yo se lo mando? Cualquiera creería que soy una madre dominante. ¿Es eso lo que ha querido usted dar á entender?

VAL. No, mamá; al contrario.

PERF. Bueno, basta.

## ESCENA II

DICHOS: el CRIADO por el foro, con tres cartas y un telegrama en la mano.

CRIA. Señorito...

VAL. ¿Qué hay?

CRIA. He visto su nombre de usted en el registro, y le traigo esto, que ha ido viniendo para usted. (Leyendo en un sobre.) «Don Valentín Bravo.»

PERF. (Metiéndose enmedio.) Ingeniero-director-gerente de la fábrica de armas blancas y de fuego.

CRIA. ¡Ah! ¿Es el señorito el nuevo jefe que esperan en la fábrica?

PERF. Sí, nosotros somos.

VAL. (A Mercedes.) (No hay manera de meter baza con tu madre.)

MER. (Déjala.)

PERF. Bueno; vengan esas cartas y déjenos usted en paz. (Vase el Criado.)

## ESCENA III

DICHOS, menos el CRIADO

PERF. (Leyendo los sobres.) «Valentín Bravo... Bravo...» Por lo visto, ninguno de los que le escriben á usted sabe que se ha casado usted con mi hija.

VAL. No sé...

PERF. (Con severidad.) Porque si lo supieran hubiesen puesto los sobres como Dios manda: «Señor don Valentín Bravo y señora.» A no ser que tengan en menos á mi hija.

VAL. (¡Ave María Purísima!)

PERF. (Dando las cartas á Valentín.) Bueno, tome usted.

MER. Pero, ¿quién puede escribirte tan pronto? ¡Ah! Hay un telegrama.

VAL. No sé qué será. Vamos á verlo. (Rompiendo la plegadura del telegrama y leyendo.) «Todo preparado para recibirle. Escuche, amigos leales. Jota.» Pues no entiendo jota.

PERF. Pues está bien claro. Que nos preparan aquí un buen recibimiento.

VAL. Pues sí que puede ser; pero, ¿quién es Jota?

PERF. Eso es lo que menos importa.

VAL. (Que ha abierto una de las cartas.) Esta es de un amigo; mira: «Amigo Bravo: El mismo día »que llegue usted á esa irá á verle López, el »encargado del armamento...» (Dándose en la frente.) ¡Acabáramos! Asuntos de la fábrica. Este López será el encargado de... sí, aquí lo dice: del armamento. (Mirando la firma.) «P.» ¿Quién demonios será P?

PERF. Bueno; nada de eso nos importa. (A Mercedes.) Anda, hija, vamos á arreglarnos un poco antes de almorzar. (A Valentín.) Dé usted orden de que aviven ese almuerzo.

VAL. Pero, si ya ha dicho el mozo...

PERF. Usted haga lo que digo, y no se meta en averiguaciones. Los criados son para eso, para estarles llamando á cada paso y mandarles algo. (A Mercedes, haciendo mutis las dos.) (Con ese carácter de liebre tímida de tu marido, no se va á ninguna parte. Ya te lo avisé con tiempo). (Entran primera derecha.)

## ESCENA IV

VALENTÍN

«Pe... jota...» (Dejando los papeles en el velador.) Vaya, que no doy con ello. ¡Lo que fuere sonará! (Cogiendo del entredós el cepillo.) ¡Ajajá! Ya estamos aquí. He realizado casi todas mis aspiraciones, ó poco menos. Tengo una posición y me he casado con mi cordera. (Al público.) Ustedes dispensen que me expansione ahora que no me oye mi mamá política. (Cepillándose con poco cuidado.) Y eso que, ahí, donde la ven ustedes, no es realmente insufrible. Fuera de su manía de meterse en todo, de querer entender de todo, de hablar de todo y de no dejarnos hacer nuestra santísima voluntad... una malva. ¡Ah! ¿Y el afán de hacer creer á mi mujer que soy tímido como una doncella? Como si en el mundo fuera necesario andar á trompis á cada paso. Ea; ya estoy como los chorros del oro.

## ESCENA V

DICHO, MERCEDES y PERFECTA. primera derecha

PERF. Ya estamos medio presentables. (Fijándose en Valentín.) Pero ¿va usted á almorzar así?

VAL. ¿Cómo es así, mamá?

PERF. Lleno de polvo. ¡Ay! ¡Qué muerte, hija! (Cogiendo el cepillo y cepillando á Valentín moviéndole exajeradamente en todos sentidos.) Venga usted acá. Así se cepilla.

VAL. Cuidado.

PERF. ¡Cuando yo digo!... ¿Qué pensarán de nosotros, si nos ven hechos unos pelafustanes, teniendo una posición como la nuestra?

VAL. Pero, mamá, ¿es que usted cree que ser director de la fábrica es ser Capitán general de Cuba?

MER. (Cogiendo el cepillo á Perfecta.) Trae, mamá; yo lo haré.

PERF. (Hablando á Valentín de frente y volviéndose con él cada vez que varía la postura.) ¡Cómo! ¿Le parece á usted poco? Pues, ¿qué? ¿Quería usted que le hicieran reina madre?

VAL. (¡María Santísima!) No es eso; es que...

PERF. Sí; el afán de hacerse siempre el chiquito. Pues no lo hemos de tolerar. De modo, que acaba usted con mil trabajos la carrera de ingeniero industrial, se encuentra usted, de manos á boca con esta canongía, ¡y le parece poco!

VAL. (Que ha acabado de cepillarse.) Al revés: me parece mucho; pero no tanto, mamá.

PERF. ¿Le parece á usted mucho? Pues no lo diga usted, no vayan á creer que no nos hemos visto así hasta ahora.

VAL. (¡Vaya; me callaré.)

## ESCENA VI

DICHOS; el CRIADO por el foro

CRIA. Señor don Valentín...

PERF. ¿Qué pasa? ¿El almuerzo?

CRIA. Sí, señora; el almuerzo y un caballero que dice llamarse López.

MER. ¡Ah! ¡López! La visita que te anuncian en la carta.

PERF. (Al criado.) Que se vaya. Ahora vamos á almorzar.

VAL. Pero, mamá, ¿cómo no recibir á un alto empleado de la fábrica, la primera vez que viene? Vayan ustedes al comedor, que yo despacho en seguida.

MER. Sí, vamos; pero no tardes.

VAL. No, hija; son cinco minutos. (Al criado.) Que pase ese caballero. (Vase el criado.)

PERF. Bueno, vamos; pero hubiera sido de mejor tono no recibirle hasta luego.

## ESCENA VII

DICHOS; LOPEZ por el foro

LÓP. (Desde el forillo.) ¿Hay permiso?

VAL. (A Perfecta.) Yo no me atrevo á hacer una cosa así. Es una falta de atención.

PERF. ¿Cómo que una falta de atención? Eso es lo mismo que decir que yo...

LÓP. (Desde el forillo y en tono más alto.) ¡Que si hay permiso!

VAL. (A Perfecta.) No se me enfade usted. Quise decir que...

LÓP. (En el forillo.) ¡Que si hay permiso; y van tres!

PERF. (Volviéndose asustada.) ¡Ay! ¡Ave María! ¡Qué bárbaro!

MER. Mamá... ¡qué hombre!

VAL. (Yendo á López, muy obsequioso.) Adelante, mi querido señor de López.

LÓP. (Muy irritado.) He pedido licencia tres veces... ¡tres veces!

PERF. Pues no hemos oido, ea. ¡El demonio del hombre!

LÓP. ¡Señora!...

PERF. (Volviéndole la espalda.) Abur. Vamos, niña. (A Valentín.) Despacha pronto. (Vanse Perfecta y Mercedes. López se queda mirándolas mientras se alejan, desde el forillo, encajándose iracundo el sombrero.)

## ESCENA VIII

VALENTÍN.—LOPEZ

VAL. (Ofreciendo asiento á López.) No haga usted caso, amigo mío. Tiene prontos; pero se le pasan en seguida.

LÓP. (Levantándose.) Lo que no tiene es educación. (Valentín hace un movimiento como de protesta.) Sí, señor; educación, formas... eso es, formas. Las formas son el todo. Ignoraba que fuera usted casado. Nada me ha dicho de esto el comité.

VAL. Ni hacía gran falta.

LÓP. No está de más, cuando no se conoce á una persona, estar en todos los detalles. ¿Lo sabía el comité?

VAL. (¡Caramba! ¡Qué ojos gasta este amigo!) ¿El comité directivo?

LÓP. Naturalmente.

VAL. No sé; creo que no sabía nada.

LÓP. Bien; después de todo, su mujer de usted es un detalle de poco interés.

VAL. ¿Cómo, qué?... Le diré á usted, amigo López...

LÓP. Advierto á usted que ha cometido cuatro veces la imprudencia de llamarme por mi nombre en vez de emplear el de guerra.

VAL. (¿A que me hago un lío?) Bueno; Guerra. (Muy obsequioso.) ¿Es usted pariente del torero?

LÓP. (Amoscado.) Yo no soy pariente de nadie, ni tengo padre, ni madre, ni creo que los he tenido nunca. (En tono profético.) ~~Yo soy y he sido siempre libre como el águila caudal.~~ (En tono natural.) Y sobre todo, para usted no soy más que Mucio Scévola.

VAL. (Alarmado y separando su silla con disimulo.) (¡Caracoles! ¿A que no está este en sus cabales?)

LÓP. (Sacando la petaca y de ella un cigarro exageradamente grueso.) Se nos vigila, se siguen nuestros pasos... (Ofreciéndole á Valentín.)

VAL. Gracias, Scévola; no fumo.

LÓP. ¿Que no fuma usted?

VAL. (Con timidez.) Creo que no... Sí, seguramente: no fumo.

LÓP. (Alargándole el cigarro.) No puede ser. Esto se fuma sin sentir; tome usted.

VAL. Pero, don Mucio...

LÓP. ¡Con mil demonios! ¿Va usted á desairarme?

VAL. (Separando más su silla y cogiendo resignado el cigarro.) (¡Vaya; pues, ¡me ha caido qué hacer!) Antes la muerte, amigo López... digo Scévola; pero observe usted que esto (Por el cigarro.) es casi un paquete postal y que voy á coger la gran tajada.

LÓP. No importa. (Saca una caja de cerillas y enciende, pasando la cerilla á Valentín, que enciende también; pero tosiendo, escupiendo y haciendo gestos de asco.)

VAL. Hombre; tanto como eso...

LÓP. Digo que no importa; y no tolero que me hable usted en cierto tono. Si jerárquicamente es usted el jefe, particularmente no reconozco superioridad en nadie.

VAL. (Vaya; esto va tomando un caracter alarmante.) (Sacando fuerzas de flaqueza.) Señor mío: supongo que usted habrá venido á algo.

LÓP. Naturalmente. (Se levanta y cierra lentamente y con aire de misterio todas las puertas. Movimiento de terror en Valentín, que se parapeta detrás del velador cuando López vuelve á primer término)

VAL. (¡Caracoles! ¿A que está loco este hombre y acaba esto trágicamente?)

LÓP. (Sentándose en la misma silla que ocupaba antes.) ¿Usted habrá recibido cartas de Madrid referentes al negocio?

VAL. (Parece que se tranquiliza.) Sí, señor; me las han dado al llegar, y en una de ellas (Cogiéndola del velador y alargándola á López.) me anuncian la visita de usted.

LÓP. (Ojeando rápidamente la carta y devolviéndola á Valentín.) Eso es: «Pelagatos.»

VAL. ¡Cómo Pelagatos!

LÓP. ¿A ver?... «Pe... Pelagatos.»

VAL. ¡Ah! ¿Es Pelagatos el que me escribe?

LÓP. (Mirando torvo y desconfiado á Valentín.) ¿Pues, qué, lo ignoraba usted?

VAL. (Tímidamente.) No, hombre, es que no caía; pero ahora lo comprendo. «Pe,» no puede ser otro que Pelagatos. (Haciendo un gesto de asco y tirando disimuladamente el cigarro.) (Este veneno me va á tumbar.)

LÓP. (En tono enfático.) Antes de entrar en ciertos detalles, me parece lógico que cambiemos impresiones.

VAL. (Con aire de fatiga.) (La propia peseta sí que voy á cambiar yo.)

LÓP. ¿Usted viene penetrado de la importancia y trascendencia de esta empresa?

VAL. (Sin saber de qué le habla.) Sí, señor.

LÓP. (Marcando poco á poco el tono campanudo.) La sociedad necesita una reforma radical, radicalísima. Hay que tener valor y amputar. Los miembros podridos no son peligrosos por sí, sino porque contaminan los sanos. ¿Qué hacemos con los miembros podridos?

VAL. (¡Qué porquería!) Pues... á la basura con ellos.

LÓP. (Creciéndose.) No, señor; se cortan.

VAL. Eso digo; y luego se tiran.

LÓP. Amputemos, pues

VAL. (Cualquier día le digo yo que no.) Bien; amputemos.

LÓP. (Estrechándole enérgicamente la mano.) ¡Bravo!

VAL. Servidor.

LÓP. (Amoscado.) He dicho bravo, como hubiera podido decir bien. (Pausa.) De modo que, estando conformes en el procedimiento, sólo nos falta estarlo en la extensión de lo reformable.

VAL. (A ver qué diablura sale ahora.)

LÓP. Yo voy muy lejos.

VAL. (Levantándose presuroso y alargando la mano á López.) (¡Gracias á Dios!) Pues ya sabe usted dónde deja un amigo.

LÓP. (Airado.) ¡Qué es esto, señor mío!

VAL. (Sentándose de golpe.) (¡María Santísima!) No, nada; como dijo usted que se iba muy lejos... mi querido Mucio...

LÓP. (Acercándose á Valentín y echándole las bocanadas de humo que el otro abanica con las manos, tosiendo de

vez en cuando.) Eso es otra cosa. Veamos: ¿usted se siente con fuerzas para llegar tan lejos como yo?

VAL. (Aturdido.) Hombre, como fuerzas... ya vé usted cómo estoy de carnes. En cuanto ando más de lo regular, me quedo hecho un talego. (No voy á poder resistir esta fumigación ni cinco minutos.)

LÓP. No nos entendemos. ¿Qué son las fuerzas físicas? Nada. El cerebro, la idea; eso es el todo. Aquí somos esclavos del terruño... Ved la libre Europa que he recorrido en todos sentidos, hablando á sus pueblos en distintas lenguas. (Transición.) Pero esto no importa. Procedamos con calma. Se nos ha escrito pintándonos á usted como hombre fecundo.

VAL. (¡Anda salero!) Pues es lisonja, Scévola; ya ve usted, me casé ayer y todavía no puede saber nadie...

LÓP. (Sin escucharle y volviendo al tono declamatorio.) Eso, eso es lo que falta, cabezas que piensen; no brazos que ejecuten. Estos sobran. Sólo aquí somos más de trescientos.

VAL. ¿Trescientos obreros? Pues en mi nota...

LÓP. Esa es la palabra, obreros; obreros que labren el edificio del porvenir. (Levantándose con aire inspirado y declamando en el centro, blandiendo el bastón. Valentín se levanta también, colocándose á mayor distancia.) El porvenir, sí; allá le veo, entre las brumas que cubren los días que han de pasar antes de que llegue; pero luminoso para mí como un planeta incandescente.

VAL. (¡Atiza!)

LÓP. (Paseando de derecha á izquierda y dirigiéndose á Valentín como si lo hiciera á una muchedumbre.) La idea nueva, la idea grande y fecunda empieza á germinar en nuestros cerebros, llenándolos del suavísimo perfume de la redención humana. (A Valentín.) ¿No es esto lo que ansías, esclavo?

VAL. (Muy sobresaltado.) Sí, señor; sí. (¡Caracoles!)

LÓP. Pues, bien, (Hablando frente al balcón.) muchedumbre aherrojada, tres hombres de cora-

zón van á romper tus viejas cadenas. (Cogiendo á Valentín, que se deja arrastrar con temor, y presentándolo al imaginario pueblo.) La voz del jefe se dejará oir en breve y sonará como el *resurrexit* de la idea madre. Aquí está el que trae el verbo... ¿No es eso?

VAL. (Imitando cómicamente el tono de López.) Sí, señor de Mucio; ahí viene en la maleta. (Si no le doy cuerda, es capaz de estropearme.)

LÓP. Trasmitidme el verbo, el sublime verbo. ¿Dónde está?

VAL. En el diccionario... (Corrigiéndose.) quiero decir, en mi cerebro.

LÓP. Basta. (Dándole una fuerte palmada en el hombro.) Descendamos á los detalles. Hacen falta cincuenta sables y cien fusiles. Hay que enterarse...

VAL. ¿De qué?

LÓP. De si los hay en la fábrica.

VAL. No sé nada. ¿No es usted el encargado de esto?

LÓP. ¿De qué?

VAL. Del armamento.

LÓP. Sí; por eso las pido. Yo no tengo que moverme para nada. Pido y deben dárseme medios. Sin medios, no se llega al fin; sin llegar al fin, no habremos cumplido nuestra misión. Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo, dijo Arquímedes. Que me den lo necesario y volveré la sociedad como una manga.

VAL. Claro. Pues... mañana. (El caso es que te vayas.)

LÓP. (Cogiéndole de la mano con aire melodramático.) Eso es, hermano; mañana, mañana caerá hecho polvo el caduco edificio y brillará el eterno verbo de la regeneración. (Sube al foro, toma el sombrero que dejó en una silla y abre la puerta de aquel; aparecen en ella, á poco, Mercedes y Perfecta que se detienen sorprendidas al oir las palabras de López.) La luz vivísima del verbo.

VAL. (¿Otra vez el verbo, hombre?) (Imitando el tono enfático de López.) Sí, Mucio, surgirá el verbo ó me quedo sin bigote.

LÓP. ¿Cómo sin bigote?

VAL. Es un decir.

LÓP. ¡Ah!

PERF. (A Mercedes.) (¿Si se habrá vuelto loco tu marido?)

MER. (¡Qué miedo, mamá!)

LÓP. Y desde el Sinaí de nuestra victoria, diremos á las razas redimidas: «Esta es la nueva fe, adoradla » (Estrecha enérgicamente la mano de Valentín y se vuelve al foro.)

VAL. Adiós, Scévola. (Que te lleven los demonios.)

(López se dirige con grave paso al foro, y al pasar junto á las dos mujeres, se dirige á Perfecta, exclamando con el mismo tono campanudo.)

LÓP. Sin ideales, no hay religiones; sin fe, no hay creyentes. Creed y seréis libres. Adiós. (Vase.)

PERF. (Asomándose al forillo.) Adiós, Castelar. (Valentín cae rendido sobre una butaca. Mercedes y Perfecta se acercan á él.)

## ESCENA IX

MERCEDES, PERFECTA, VALENTÍN

VAL. ¡Ay! Ya no podía más.

MER. Pero, ¿qué ha pasado? ¿Quién es ese hombre?

VAL. Mucio Scévola... digo López... es decir, el encargado de... en fin, yo no sé quién es.

PERF. Pero, ¿qué ha venido á buscar aquí?

VAL. El verbo.

PERF. ¿Qué verbo?

VAL. El verbo fastidiar. ¡Ay, mamá!

MER. ¿Pero te ha hecho algo?

VAL. Sí, hija; me ha hecho fumar un pitillo como un cartucho... ¡Ay!

PERF. Pues es verdad. Señor mío, esto apesta á tabaco barato.

VAL. Bien caro me cuesta á mí.

PERF. Pues, puesto á fumar, podía usted haber fumado habano. ¡Cuando digo yo!... No es usted hombre para nada.

VAL. Pero, mamá...

PERF. ¿Y usted se llama Valentín... y Bravo? Haberle puesto en la puerta.

VAL. Pero si las cerró todas.

PERF. ¿Para qué?

VAL. Para que no se enterara nadie de eso del verbo.

PERF. Pero, hombre, ¿es que con la debilidad se ha trastornado usted también?

VAL. Pudiera ser, mamá.

PERF. (Tirando del llamador.) Ahora verá usted cómo arreglo yo á ese. (Aparece el criado.) Oiga usted: si vuelve por aquí ese adefesio, no le deje usted entrar.

CRIA. ¿El señor que vino hace poco?

PERF. El mismo.

CRIA. Está bien. ¿No almuerza el señorito?

VAL. Sí; allá voy. (Vase el criado.) ¿Han almorzado ustedes?

MER. Sí.

PERF. No; ¡que íbamos á esperarle á usted toda la mañana! Más le hubiera valido almorzar con nosotras, que no estar oyendo las majaderías de semejante mamarracho.

VAL. (A Mercedes.) (¿Pero, vés tu madre?)

MER. (No hagas caso. Vete á almorzar, que estarás débil.)

VAL. (Bueno; en seguida vengo. Adiós gloria.) (Vase al foro diciendo en tono enfático.) Sí, amigo mío, el verbo. (En tono natural.) ¿A que me ha contagiado ese? (Vase.)

## ESCENA X

MERCEDES y PERFECTA

PERF. (Sacando objetos de las maletas y poniéndolos sobre las sillas.) ¡Buenas han llegado las camisas! ¡Y los cuellos y puños! ¡Como las del baul grande vengan lo mismo!... (Parándose y después de breve pausa.) Oye, niña: no sé por qué estoy escamada.

MER. (Sacando también objetos de la otra maleta.) Pues, ¿qué pasa, mamá?

PERF. La visita del tío ese no me da buena espina

MER. Y ¿por qué? ¿No dice usted que está loco?

PERF. Eso parece; pero... mira: ese es un perdis de marca mayor.

MER. ¿Sí?

PERF. Yo tengo buen olfato para estas cosas. (Sacando un paquete, que huele, de provisiones de viaje: jamón, pan, salchichón en rajas, etc., que deja sobre el velador.)

MER. ¿Se ha echado á perder, mamá?

PERF. Mucho me lo temo.

MER. Pues tírelo usted.

PERF. (Estupefacta.) ¡Criatura!

MER. (Sin mirarla.) O guárdelo usted para el gato.

PERF. Pero, ¿te has vuelto loca tú también? ¡Echar tu marido al gato!

MER. (Incorporándose.) Pero ¿hablaba usted de Valentín, mamá?

PERF. Pues, claro.

MER. Como olió usted el jamón y dijo que se había echado á perder...

PERF. Hablaba de tu marido, y decía que me temo que se haya torcido.

MER. ¡Mamá!... ¡Al día siguiente de casarse!

PERF. ¡Ah, inocente! Hay quien tiene líos del día antes, conque ya vés.

MER. (Acercándose con interés á su madre.) Pero, ¿qué sospecha usted, mamá?

PERF. Nada seguro; pero esa visita... y la encerrona con ese... Vaya, que no me fío. Mira que el que no la pega antes, la pega después.

MER. (Cogiendo los dos sobres que han quedado sin abrir sobre el velador, mientras Perfeta abre los paquetes de provisiones.) Mire usted, mamá, se ha dejado aquí las cartas. (Pausa.) Si fuese cierto lo que usted sospecha. . estas cartas...

PERF. No, hija mía, eso no. Una cosa es sospechar y otra que la mujer viole el sagrado de la correspondencia de su marido. Eso está muy mal hecho. (Abre una de las cartas.)

MER. Pero, ¿la abre usted?

PERF. Pues, claro. Yo no soy su mujer.

MER. ¿Y si dice algo?

PERF. ¿Decir él algo? Se guardará muy mucho.

MER. ¡Ay, mamá! Tengo miedo de saber algo.

PERF. (Que ya ha leído el comienzo de la carta.) ¿Qué lío es este?

MER. ¿Lío, verdad? ¡Ay, Dios mío! ¿Qué dice?

PERF. (Leyendo.) «¡Amigo Es... Estu!...» ¿Qué demonios dice aquí? (Mostrando la carta.)

MER. ¿A ver? «Amigo... Scipión.» (Las dos se miran.)

PERF. ¿Y quién es Scipión?

MER. ¡Y yo qué sé, mamá! Uno que fué ministro ó cosa así.

PERF. ¡Ay! ¿A que resulta que tu marido es otro, y que te has casado con él sin saberlo?

MER. Siga usted, ¡por Dios!

PERF. «Amigo...» Ese, bueno. «Al llegar usted á esa, será tiempo de pasar de la teoría al hecho.» ¿Sabes qué es esto?

MER. Yo, no; ¿y usted?

PERF. Tampoco. «Todo está dispuesto, y el veintiseis se romperá el dique por cien sitios á la vez. Scévola es hombre probado y duro, y él será quien arrastre las masas.»

MER. (Que ha ido leyendo también.) Las masas, mamá. (Quedan mirándose con estupor. Pausa breve.) ¿Qué quiere decir esto?

PERF. Una cosa horrible, hija. Tu marido anda en líos políticos.

MER. ¡Ay! Mejor. Prefiero eso.

PERF. Y ese don *Sucio* que ha venido á verle es un conspirador. (Aparecen en el foro Pérez y el Criado. Este se retira, después de indicar á Pérez que las dos mujeres son las personas que busca. Pérez adelanta un poco, fijando con codicia la mirada en las provisiones que hay sobre el velador.)

## ESCENA XI

DICHAS y PÉREZ por el foro

MER. ¡Qué horror!

PERF. Nos ha engañado. Esto es una villanía y vamos á llamarle ahora mismo, aunque le haga daño el almuerzo. (Se vuelve, encontrándose con

Pérez que permanece en actitud humilde.) ¡Ay! ¿Qué es esto? ¿Quién es usted? Bien podía usted haber avisado.

PÉR. (Inclinándose muy obsequioso.) A los piés de ustedes. ¿Ustedes buenas? Me alegro. ¿Y la familia? ¿Buena? Me alegro.

PERF. (Impaciente.) ¿Y usted, bueno? (Pérez hace señas afirmativas.) Pues, me alegro. ¿Qué hay?

PÉR. A los pies de ustedes.

PERF. ¡Y van dos!

PÉR. Ustedes perdonen. ¿No está don Valentín?

PERF. (Más amable.) ¡Ah! ¿Usted busca?...

PÉR. A don Valentín Bravo, sí señora.

PERF. Pues... no está Valentín en este momento; pero vendrá en seguida. Tome usted asiento, caballero. (Indicándole la silla junto al velador. Perfecta se sienta del otro lado y Mercedes junto á su madre. Pérez sigue mirando ávidamente, y al fin se sienta haciendo antes una cortesía á las dos señoras.) Vaya, hombre... ¡Tanto bueno por aquí! (A Mercedes.) (A este le saco yo la verdad del cuerpo.)

PÉR. Gracias, señora. ¿De modo que don Valentín?...

PERF. Vendrá en seguida. Precisamente le esperaba á usted.

MER. (¡Mamá!)

PERF. (Déjame á mí.)

PÉR. ¡Ah! ¿Ustedes saben?...

PERF. Todo; naturalmente. ¿Le parece á usted mal?

PÉR. (Por las provisiones.) ¡Cómo, señora! ¡Parecerme mal! Todo lo contrario. Despide un olorcillo regenerador y fortificante. (Cogiendo, delicadamente, con los dedos, una rajita de salchichón y comiéndola.) ¿Es de Vich?

PERF. (¡Qué sin vergüenza!) (Retirando un poco el papel del salchichón.) No, señor, es de Lyon.

PÉR. Ya decía yo. Se le conoce en el acento. ¿De modo que ustedes son?...

PERF. Su esposa y su mamá política.

PÉR. (Cogiendo otra rajita, que ofrece á Mercedes.) Muy señora mía.

MER. (Rechazando el salchichón.) Gracias; ya he almorzado, y bien.

PÉR. (Comiéndose la rajita.) ¡Ah, señora! ¡Usted ha almorzado... y bien! Me parece mentira.

PERF. Puede usted hablar sin dejarse, por nosotras, nada en el estómago.

PÉR. ¡Dejarme nada en el estómago, yo, señora! Para eso sería preciso que tuviera algo. (Cogiendo otra rajita, que ofrece á Perfecta.) Permítame usted, señora...

PERF. (Rechazándola.) Que no, hombre; yo también acabo de almorzar.

PÉR. ¿También usted, señora? Es decir, que tengo delante de mí, como quien dice, dos almuerzos... (Comiéndose otra rajita.) Y de á cuatro pesetas probablemente, lo cual hace treinta y dos reales de alimentos... ¡Ah!

PERF. (Cogiendo cuatro ó cinco rajitas, que pone sobre la copa del sombrero que tiene Pérez sobre las rodillas.) Hombre, tome usted de una vez, y hable con dos mil demonios.

PÉR. (Volviendo el sombrero y echando dentro el salchichón que le ha dado Perfecta.) ¡Qué amable es usted, señora! No le extrañe á usted esto. Tengo verdadera debilidad...

PERF. Ya se conoce. (Rápido.)

PÉR. Por el salchichón de Lyon, con quien intimé, en cierto modo, en Francia, aunque guardándole los debidos respetos.

PERF. Bueno; ahora diga usted...

PÉR. Todo cuanto ustedes deseen saber, señora. Yo no puedo negar nada á personas tan bien provistas. (Levantando con delicadeza el papel que tapa el jamón.) ¡Cielos! ¡Qué bien están ustedes de carnes!

MER. (Con asombro y enfado.) ¡Caballero!

PÉR. (Excusándose) ¡Oh, señora! No interprete usted torcidamente mis palabras. Me he referido á este suculentísimo jamón, digno de mejor suerte. (A Perfecta.) Seguramente no es de Lyon.

PERF. (Impaciente.) No, señor; de Madrid.

PÉR. Tiene una fisonomía por todo extremo simpática. (Suspirando y apartando la vista del velador.) ¿Decía usted que don Valentín?...

PERF. (¡Gracias á Dios!) Decía que, si tiene usted

prisa, puede dejarnos el recado que traiga.

PÉR. Nada, señora; por no traer, ni recados siquiera. Venía sólo á presentarme. (Mirando rápidamente al velador.) (¡También hay pan!)

PERF. (¡Ah, qué idea!) (Inclinándose confidencialmente á Pérez.) Ya ha estado aquí el otro.

PÉR. López, ¿sí?

PERF. Vino. (Haciendo signos afirmativos.)

PÉR. (Con extremos de gratitud.) ¿Vino también, señora? ¡Oh, Providencia! Yo no me atrevía á pedir tanto, pero, en fin, tomaré una copita, sólo una copita.

PERF. ¿De qué?

PÉR. De lo que sea; tinto ó blanco; me es indiferente.

PERF. (Impaciente.) ¡Un demonio! He dicho que vino... el otro.

PÉR. ¿El otro vino?

PERF. Sí.

PÉR. Pues, del otro; en siendo vino...

PERF. ¡Dale, bola!

PÉR. ¡Ah, señora! ¿Queso de bola también? (Queriendo besarla la mano.) Permítame usted...

PERF. (Sofocada.) ¡Un cuerno, hombre! No he dicho nada de eso.

PÉR. Como ha dicho usted á su señora hija; «dale bola» y existe, para bien de la humanidad, un exquisito queso de ese nombre...

MER. (A Perfecta.) (Mamá... ¡pobre hombre! Vamos á darle del Jerez que ha sobrado.) (A Pérez, levantándose.) ¿Quiere usted un poco de Jerez?

PÉR. (Obsequiosísimo.) ¡Cómo, señora! Decirme que si quiero un poco de Jerez es ofenderme.

MER. (Deteniéndose.) Entonces...

PÉR. Quiero decir, que si usted piensa ofrecerme mucho, mi delicadeza me impediría negarme; y cuanto más, mejor.

PERF. (Pero, ¡este hombre no ha comido en una semana!)

MER. (Sacando de una maleta una botella mediada, y llenando una copa, que ofrece á Pérez.) Aquí hay de todo. Tome usted. Es del bueno; de á treinta reales botella.

PÉR. (Emocionado.) ¡Jerez! ¡Verdadero Jerez! ¡Ah,

señora! Ahora empiezo á amar la vida. (Bebe y queda como en éxtasis, paladeando el vino.)

MER. (A Perfecta.) (Con la debilidad y el vino se va á trastornar, mamá.)

PERF. (Mejor, así hablará. Dale otra copa.) (Mercedes obedece.)

PÉR. (Abriendo los ojos y viendo delante de ellos otra copa.) ¡Otra! Señora, sería un grosero si... (Bebe.) Es un Jerez... olímpico. No lo bebíamos mejor don Valentín y yo, emigrados en París.

PERF. (¡En París! ¿Qué dice?)

MER. (Que se habrá vuelto á sentar junto á su madre.) (¡Ay, mamá! Ahora van á salir las picardías.)

PERF. (Cállate.) Pues allí le habrá bueno... en pagándolo.

PÉR. (Con cierta volubilidad que no llega á la verbosidad de la embriaguez.) ¡Pagar!... ¡Para pagar estábamos nosotros! Nos convidaban, señora.

PERF. (Pues este ha sido un gorrón toda su vida.) Efectivamente; malos tiempos eran aquellos, señor...

PÉR. Pérez, señora; Atilano Pérez, (Cogiendo con disimulo salchichón, que echa en el sombrero.) el ser más desventurado del planeta, ahora y antes. Don Valentín es, al menos, el jefe, y come y hasta almuerza, y con apetito, porque siempre ha tenido buen diente y mundología. En París siempre encontraba modo de que alguno ó alguna nos convidase.

MER. (¡Dios mío!)

PERF. (¡Ah, pillo!) Conque por allí se hacía buena vida, ¿eh?

PÉR. Sí, señora; se corría... (Conteniéndose.) ¡Ah, señoras! Ustedes perdonen el vocablo; pero no hay otro por ahora. Se corría buenamente alguna *juerga*.

MER. (Impetuosamente.) ¿Con mujeres, de seguro?

PÉR. Señora... yo...

PERF. (Llenando la copa y ofreciéndola á Pérez, que la toma en su mano.) Vamos, nosotras ya no nos asustamos de nada, señor Pérez.

PÉR. Esto es sobornarme, señora; aprovecharse con alevosía de un estómago relativamente debil; (Bebe y deja caer, como distraído, la copa en

el sombrero.) pero conste que me he resistido con delicadeza. Además, don Valentín era entonces soltero y libre.

PERF. Naturalmente, hombre. (Dándole una rajita.) Adelante, adelante.

PÉR. (Cogiendo el salchichón, que echa en el sombrero.) Gracias, señora.

MER. ¿Conque... mujeres? ¡Algunas bribonas! (Perfecta va dando á Pérez, sucesivamente, las provisiones, cada vez que vacila en contestar.)

PÉR. No, eso no; señoras, verdaderas señoras, sobre todo...

PERF. ¿Qué?

PÉR. Gracias. Sobre todo Argentina, que tenía debilidad por don Valentín.

PERF. Venga, venga.

PÉR. Mil gracias, señora. Una muchacha rubia, talle como el cuello de un cisne.

MER. (¿Lo ves, mamá? ¡Qué desgraciada soy!)

PERF. (Ya le arreglaré yo; déjalo.) (Levántase y se dirige al foro y cierra la puerta con llave. Pérez, que aprovecha el momento, guarda en el sombrero el resto de las provisiones y en el bolsillo la botella.)

PÉR. (Yo no veo claro, vaya.)

PERF. (De pié junto á Pérez.) ¿Y qué más?

PÉR. Nada más, señora, sino que desde entonces me he unido á don Valentín como la sombra al cuerpo, y, aunque con vilipendio, como. Pero de esta me temo que no salgamos bien. La policía tiene vientos de la cosa...

PERF. ¿Sí, eh?

PÉR. Sí, magnánima señora; donde quiera que yo me meta tiene que suceder lo mismo. ¿Vé usted este pan (Cogiendo el panecillo que queda sobre el velador.) limpio producto de las tahonas madrileñas, blando y apetitoso todavía? Pues tenga usted la seguridad de que, si estuviese en mi poder veinticuatro horas, (Dejándolo caer en el sombrero.) se ponía duro como un demonio. El hado, señora, *fatum* que decían los latinos; la mala sombra, que decimos nosotros... ¡ah! (Pausa breve, al fin de la cual se levanta.) Pero don Valentín...

PERF. Debe estar al caer.

MER. (Sollozando.) Yo no quiero verle, mamá, no quiero verle.

PÉR. Me parece que su señora hija está emocionada, y tal vez yo...

VAL. (Llamando, al foro.) Mamá... nena...

PERF. (Ya está ahí.) Señor Pérez...

PÉR. Señora.

PERF. (Empujándole hacia la primera derecha.) No puede salir ahora, ni conviene que le vea Valentín todavía.

PÉR. ¡Cómo!... ¿Que yo?... ¿Que él?...

VAL. (Dentro.) ¿No abren ustedes?

PERF. (Empujando á Pérez y obligándole á acercarse á la derecha dando vueltas.) Vamos, vamos, es cuestión de cinco minutos.

PÉR. Pero, no veo la necesidad... no me explico...

VAL. (Dentro.) ¿Me oyes, nena?

MER. (Con mimo llorón.) Me llama nena, mamá.

PERF. Ahora le daré yo la nena. (Empujando á Pérez.)

PÉR. Pero, es que no veo la...

PERF. ¡Jesús, qué posma! (Cogiéndole el sombrero.) Entre usted ó...

PÉR. (Defendiendo el sombrero.) Nunca, señora... (En el dintel de la puerta.) Pero, repito que no me explico... (Perfecta cierra la puerta bruscamente.)

## ESCENA XII

PERFECTA, MERCEDES y VALENTÍN, por el foro. Mercedes sentada, sollozando. Perfecta va al foro y abre

VAL. Gracias á Dios. Pero, ¿qué hacían ustedes encerradas?

MER. ¡Ay... ay!...

VAL. ¿Qué es esto? ¿Tú llorando? (Acercándose á Mercedes.)

MER. ¡No me hable usted, infame!

VAL. ¡Yo infame! (Mirando estupefacto á Perfecta.)

PERF. (De muy mal talante.) Sí, señor; infame *juerguista*... bígamo.

VAL. Pero, mamá ¿ustedes se han vuelto locas, ó qué? (Acercándose á Perfecta.)

PERF. (En jarras.) ¿Locas? Conque locas nosotras, ¿eh? ~~¿Y tiene usted valor para hablar después de lo que hemos sabido?~~ (Pérez abre con disimulo la puerta y asoma la cabeza sin ser notado por los demás.) Vamos á ver; ¿quién le mete á usted en líos contra el gobierno?

VAL. ¡Yo!

PÉR. (¡Ay, María Santísima!)

PERF. Sí, señor, usted No es extraño que quien es infiel á la Constitución, lo sea también á su mujer.

MER. ~~Sí, su pobrecita mujer. ¡Ay, ay!~~ (Sollozando.)

PÉR. (¡Me he equivocado de nombres! Jehová me ampare.) (Sale y va acercándose al foro con precaución, hasta que lo marque el diálogo.)

VAL. Pero, ¿qué lío es este, señora?

PERF. Los líos de usted, señor... Scipión.

VAL. ¿Scipión?

PÉR. (¡Atiza!)

PERF. Sí; ó como se llame usted, sin que nosotras lo sepamos.

MER. ¡Infame!

VAL. Pero, nena...

PERF. Le prohibo á usted que la llame nena, caballero. ¿Qué ha hecho usted de la Argentina?

PÉR. ~~(¡Uy, uy, uy!)~~

VAL. ¿De la Argentina? Supongo que seguirá en América.

MER. ¡No la ha perdido de vista, mamá! (Solloza.)

VAL. Hombre, quisiera saber quién ha armado esto, para que se acordara de mí.

PÉR. (Como implorando al cielo.) («Dios te salve, María, llena eres...»)

VAL. Repito que no sé de quién me hablan ustedes, ea.

PERF. ¿Conque no? ¿Conque no sabe usted quién es una rubia que tiene la cintura como el cuello de un cisne? ¡No está usted mal ganso!

PÉR. (Santiguándose.) («En el nombre del Padre, del Hijo...)

VAL. (Incomodado.) Basta, señora. ¿Se puede saber quién es el autor de este enredo?

PERF. Ahora va usted á saberlo. (Dándole una de las cartas del velador.) ¿Y esto?

VAL. (Leyendo.) «El veintiseis se romperá el dique»... ¿Y yo qué sé de esto? Esta carta no es para mí.

PERF. ¿Y también es mentira el testimonio de Pérez?

VAL. ¿Quién es Pérez?

PERF. Un hambrón que la corría con usted en París.

PÉR. (Ya cerca del foro se deja caer anonadado en una silla.) (Ahora me echan á perder el almuerzo.)

VAL. Si yo no he estado jamás en París, señora.

PERF. Eso Pérez lo dirá. (Yéndose á la derecha. Valentín se vuelve y ve á Pérez sentado, resignado, en la silla.)

VAL. Que lo diga. ¡Calle! ¿Quién es éste?

PERF. (Volviéndose.) Ese es.

VAL. ¿Pérez?

PERF. Sí. (Valentín se dirige á Pérez, lo coge de una oreja y le lleva á primer término.)

VAL. ¿Conque es usted?

PÉR. Beso á usted la mano, caballero. ¿Usted bien? Lo celebro infinito.

PERF. Al grano. ¿Qué dice usted?

PÉR. ¡Ah, señora! Que debo á ustedes la digestión más feliz que he hecho hace mucho tiempo, y que con su permiso... (Medio mutis.)

VAL. (Deteniéndole.) ¡Eh, amigo! De ningún modo. Usted parece que ha sido el autor de este embrollo. A ver... ¿quién es usted?

PÉR. (Muy cortés.) Atilano Pérez, servidor de usted, caballero.

PERF. Ya lo sabíamos. Pero, ¿era con usted con quien corría en París las juergas... ¡puah! asco me da decirlo, este caballerito? (Por Valentín.)

PÉR. Señora: ruego á usted encarecidamente que no me meta en enredos. Yo hablé de don Valentín.

VAL. Yo.

PÉR. Don Valentín Bravo.

VAL. Yo, hombre.

PÉR. Caballero: usted me permitirá la legítima

vanagloria de conocer á don Valentín Bravo... y no es usted.

PERF. ¿Conque tampoco se llama usted así?

MER. ¡Ay, mamá! ¡No se llama de ninguna manera!

PERF. Calla, hija; este es un caso de divorcio... nos divorciaremos.

VAL. ¡Pero, señora!... (A Pérez.) ¿Conque yo no soy yo?

PÉR. No, señor... digo, sí, señor; vamos, usted no es el jefe.

VAL. ¿Qué jefe?

PÉR. El mío: Bravo

VAL. ¿Pero usted es empleado de la fábrica de armas?

PÉR. Ojalá, caballero. Yo soy Atilano Pérez.

VAL. ¡Dale, hombre! Pero ¿de qué jefe habla usted?

PÉR. Del de la conspiración que traen ustedes entre manos.

VAL. ¡Qué conspiración ni qué niño muerto!

PERF. [redacted]?

VAL. (Cogiendo la carta que queda aún por abrir.) Pero si esto es una equivocación, [redacted]. A ver... (Rompe el sobre y lee.) «Amigo mío... al mismo tiempo que usted, llegará á esa otro Valentín Bravo, que va de primer jefe de la fábrica de armas. Cuide usted de que no confundan la correspondencia de usted con la suya.» ¡Gracias á Dios!

PÉR. (Con el rostro desencajado, se cala el sombrero con rápido movimiento, que deja caer lo que aquel contenía.) ¡Me he lucido!

VAL. ¿Qué demonios es eso?

PÉR. (Recogiéndolo todo y guardándoselo en los bolsillos.) Nada, caballero; alimentos.

VAL. (A Mercedes.) ¿Lo ves, hija? (A Perfecta.) ¿La puedo llamar nena?

PERF. (Bruscamente.) Llámela usted lo que quiera.

MER. ¡Ay, Valentín!...

## ESCENA XIII

DICHAS, LÓPEZ, por el foro

LÓP. (Dentro.) ¡Déjeme usted en paz! ¡Entro porque me da la gana!

VAL. ¿Qué es eso? (Al foro en el momento de presentarse López) (¡Adiós mi dinero... otra vez este!)

LÓP. ¡Esto es una indignidad! (Viendo á Pérez que sigue comiendo, y dirigiéndose á él.) ¡También tú!

PÉR. ¡Hola!

LÓP. ¿Qué haces tú aquí?

PÉR. Ya lo vés; echarme unas medias suelas en el estómago.

LÓP. (Con desprecio.) ¡Espíritu débil!

PÉR. ¡Muy débil, mucho!

LÓP. (Encarándose con Perfecta.) ¡Repito que esto es una indignidad!

PERF. ¿Qué pasa? ¿Ha encontrado usted el verbo?

LÓP. ¡He encontrado un demonio, señora!

PERF. ¡Pues, vaya un encuentro!

LÓP. ¡Sí, señora; me han estafado!

VAL.
PERF. } ¿Estafado?

PÉR. (Acercándose á Perfecta, y al oído de ésta.) (¿Qué hablan ustedes de estofado?)

PERF. (Pero, hombre, usted no piensa más que en eso.)

PÉR. (¡Ah, señora... hace tanto tiempo que rompí relaciones con la carne guisada, que...) (Sigue comiendo.)

VAL. (Á López.) Bueno, ¿y qué?

LÓP. ¡Repito que me han estafado... que me han timado, como decís las gentes vulgares!

PERF. ¡Ah, timado!... ¡Pobre señor!

VAL. ¿Y le han timado á usted mucho? (Todos, incluso Pérez, le rodean y escuchan con interés.)

LÓP. (Con aire inspirado, al ver que todos le rodean.) ¡Todo, todo cuanto poseía; mis ilusiones, mis ideales, mi credo... (Todos se separan al oir estas palabras.)

VAL. (Vaya, vaya...)

PERF. (Este no tiene compostura.)

PÉR. (Ya me parecía á mí...)

LÓP. (Acercándose á Pérez.) ¡Temístocles!... (Más alto, al ver que Pérez no le oye.) ¡Temístocles!..

PÉR. ¡Ah, sí!... No me acordaba de Temístocles... ¿Qué quieres?

LÓP. (¡Hermano... nos han vendido!)

PÉR. (¡Me alegro! ¿Quién tiene el dinero? ¿Cuánto dan por mí?)

LÓP. (Iracundo.) ¡Un cuerno!

PÉR. (Desalentado.) ¡Un cuerno!... ¡Ya decía yo que no darían dos pesetas siquiera!... (Sigue comiendo.)

LÓP. (Encarándose con los demás.) Sí; el jefe ha huído cobardemente, pero yo quedo aquí... ¡Yo, que antes de envilecerme, moriré como Sansón entre las ruínas del templo!

VAL. (¡Olé!)

LÓP. (Á Pérez.) (¡Adiós, hermano!)

PÉR. (¡Adiós, primo!)

LÓP. (Voy á entregarme ..)

PÉR. (Y yo también.)

LÓP. (¿Sí?)

PÉR. (Sí; voy á entregarme... (Sacando del sombrero el jamón.) al jamón en dulce.)

LÓP. (Al foro.) ¡Adiós!... ¡Oiréis hablar de mí!

PERF. ¡No lo permita Dios!

LÓP. (En el foro, y en el momento de aparecer el criado.) ¡Y desde el Sinaí!...

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, EL CRIADO, por el foro

CRIA. Señorito...

VAL. ¿Qué hay?

CRIA. Ha venido un delegado del gobernador...

PERF. (Colocándose detrás del grupo que forman Valentín y Mercedes.) (¡María Santísima!)

VAL. Y ¿qué busca?

CRIA. Ha preguntado por usted... es decir, por otro viajero que se llama como usted y que aún no ha venido; y al saber que tiene usted car-

tas á su nombre, me encarga pregunte si son para usted ó para el otro, y en este caso, que se las lleve.

VAL. Sí, hombre; tómelas usted, porque son para el otro, que Dios confunda. (Entregando las cartas al criado, que sale con ellas.)

*LÓP. ¡Cómo! El delegado... el gobernador... (A Valetín.) Caballero, ¿es cierto esto?

*VAL. Digo... ya lo ha oído usted. Pero, ¿no baja usted?

*LÓP. ¡Bajar!... ¡Bajar yo!... ¿Por quién me ha tomado usted, caballero? (Mirando inquieto por el balcón.)

*PERF. Por Sansón. ¿Ahora salimos con que tiene usted miedo?

*LÓP. ¡Miedo!... ¿Yo miedo?... (Mirando por el balcón.) ¡Allá vá ya el delegado, señora; y ahora verá usted si salgo con la cabeza erguida y desafiando las miradas de todos! (Al foro.)

*PERF. ¿Sabe usted lo que le digo? Que está usted más loco que una cabra, ¡ea!...

*PÉR. (¡Miren qué gracia, irse ahora que no hay nadie!...)

*LÓP. (Desde el forillo.) ¡Adiós, gentes sencillas y primitivas! (Mutis.)

*PERF. ¡Adiós, don Sucio!

*VAL. (En el foro.) ¡Y ojo con el gobernador!

PÉR. (¡Todo se ha descubierto! ¡Otro porvenir de debilidad!) (Cae sobre una silla.)

PERF. ¿Qué pasa? ¡Este hombre se pone malo! (Todos rodean á Pérez.)

PÉR. No, señora; es que la noticia de ese criado me ha abierto, por anticipado, el apetito. ¡Qué horrible porvenir!

PERF. (¡Pobre hombre!)

MER. Es verdad. ¿Qué va usted á hacer ahora?

PÉR. (Levantándose y dirigiéndose al foro.) ¡Ah, señora! Entregarme en brazos de la desesperación y el tédio.

MER. (¡Pobrecillo!) (A Valentín.) ¿No podrías colocarle en la fábrica?

VAL. Tienes razón. (A Pérez.) ¡Eh! Caballero...

PÉR. (Volviendo.) Beso á usted la mano.

VAL. Usted... ¿qué es?

PÉR. Atilano Pérez.

PERF. Ya lo ha dicho usted tres veces.

VAL. Pregunto que ¿qué es lo sabe usted hacer?

PÉR. (Inclinándose.) Nada, caballero.

PERF. No es mucho, que digamos.

VAL. ¿Quiere usted colocarse en la fábrica?

PÉR. (Con dignidad.) ¡Cómo! ¿Renegar de mis ideales? ¡Venderme al explotador para comer!... (Transición.) ¡Comer!... Haga usted de mí lo que quiera, caballero.

VAL. Pues vaya usted mañana á verme. (A Mercedes y Perfecta.) ¿Están ustedes convencidas y tranquilas?

PERF. Sí; pero... cuidado.

VAL. (Al público.)

Llevé un susto colosal
por culpa de un mequetrefe.
Público amigo y leal,
no des tú otro susto igual
al autor de EL PRIMER JEFE.

TELÓN